

13 DE SEPTIEMBRE

ANIVERSARIO DEL SACRIFICIO DE LOS NIÑOS HEROES EN 1847

El 13 de septiembre de 1847 es una fecha de triste memoria para la nación mexicana porque marca la entrada triunfal de un ejército invasor a la capital de la República, señalando la derrota final de la nación en una guerra injusta y desproporcionada. Pero esa misma fecha simboliza también la gloria de los mexicanos que ofrendaron su vida por la patria.

La guerra entre México y Estados Unidos fue formalmente declarada por el presidente de esa nación, James Polk, el 11 de mayo de 1846, mediante un mensaje especial al congreso estadounidense que es un prodigio de argumentación falaz. El Congreso mexicano respondió semanas después mediante un bando mucho más apegado a la realidad, que decía: "El Gobierno, en uso de la natural defensa de la Nación, repelerá la agresión que los Estados Unidos de América han iniciado y sostienen contra la República Mexicana".

Porque, efectivamente, debajo de la guerra injustamente declarada y justificada por los argumentos falaces de Polk, estaba la fiebre expansionista de Estados Unidos, cuyos dirigentes habían ensayado diversos medios pacíficos y hostiles para apoderarse de los tres enormes territorios que ambicionaban (Texas, Nuevo México y California), y que recurrió a mentiras flagrantes y a amenazas crecientes para provocar una guerra que les permitiera conquistar por la fuerza y la violencia las tierras que de ninguna otra manera serían suyas.

Pero hubo también una gran parte de responsabilidad del lado mexicano, por la escasa prudencia de los sectores dirigentes, incapaces de atender los grandes problemas que aquejaban a una nación de precaria existencia, e ignorantes de los verdaderos alcances y limitaciones de nuestro país; lo que se reflejó en la angustiada falta de recursos para enfrentar la guerra, que fue desastrosamente conducida.

Luego de varias victorias, los invasores, al mando del general Winfield Scott, llegaron al valle de México y vencieron a nuestras tropas en Padierna y Churubusco. Siguió una tregua durante la cual se reunieron los representantes de ambos gobiernos, pero como los comisionados estadounidenses mostraran en las negociaciones que el único y verdadero objetivo de su gobierno era obtener la mitad del territorio mexicano, se rompieron las negociaciones reiniciándose la lucha el 8 de septiembre de 1847.

Las fuerzas de Scott atacaron las posiciones mexicanas de Molino del Rey y Casa Mata el 8 de septiembre, tomándolas luego de sufrir grandes pérdidas. Nuestras tropas se replegaron al cercano alcázar de Chapultepec y el general Santa Anna, presidente de la República y jefe de la defensa, diseminó los restos del ejército en las garitas que protegían las entradas a la ciudad, dejando solamente una pequeña guarnición en el castillo de Chapultepec.

Chapultepec no fue construido como fortaleza sino como palacio de verano de los virreyes. Lo defendían menos de mil hombres encabezados por los generales Nicolás Bravo y Mariano Monterde. Entre los defensores había algunos cadetes del Colegio Militar, que tenía su sede en el castillo. El 12 de septiembre la artillería enemiga bombardeó las posiciones mexicanas en el castillo y el bosque de Chapultepec, haciendo grandes estragos en las defensas y en los soldados, que resistieron estoicamente las terribles andanadas.

El día 13 el enemigo bombardeó Chapultepec con mayor furia que el día anterior y la infantería enemiga amagó un ataque por la calzada de Anzures, que engañó por completo al general Santa Anna, quien creyendo que el enemigo atacaría directamente la ciudad no reforzó Chapultepec. Viendo Scott que su plan surtía efecto y que los mexicanos resistían vigorosamente sus ataques falsos, dirigió el grueso de sus columnas al asalto del cerro de Chapultepec, que al pie de la rampa, validos de su enorme superioridad numérica, destrozaron al Batallón Activo de San Blas, muriendo su jefe, el coronel Felipe Santiago Xicoténcatl y casi todos sus soldados.

Entonces los invasores avanzaron con banderas desplegadas hacia el castillo, a cuyo pie dieron cuenta de nuestros últimos soldados, a los que mataron o hicieron prisioneros. Se creían ya vencedores cuando desde el castillo les dispararon certeramente los últimos defensores de la bandera nacional: los jóvenes cadetes del Colegio Militar.

La tradición recogió los nombres de seis de los alumnos que murieron, enfrentando cuerpo a cuerpo al invasor: el subteniente Juan de la Barrera y los cadetes Agustín Melgar, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Vicente Suárez y Juan Escutia, quien, según la leyenda, se arrojó al vacío envuelto en el lábaro patrio para evitar que cayera en manos del extraño enemigo.

En medio del dolor de la terrible derrota, el sacrificio de esos seis jóvenes, a quienes el pueblo con gratitud ha llamado "los Niños Héroe", fue un aliento para la resurrección de la nación mexicana. Su ejemplo fue guía para una nueva generación de mexicanos que comprendió que nuestra nacionalidad estaba en grave peligro y asumió las implicaciones de tan solemne decisión. Siguen siendo ejemplo.

Día de luto y solemne para la Nación. La Bandera Nacional deberá izarse a media asta.

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México